

La misión en Camboya y los modernos areópagos de la Nueva Evangelización

Evidentemente estos nuevos escenarios, y por este contexto próximo los modernos areópagos que en ellos se dan, no suponen el fin de la específica misión *ad gentes* entendida como aquella que “tiene como destinatarios a los pueblos o grupos humanos que todavía no creen en Cristo, a los que están alejados de Cristo, entre los cuales la Iglesia no ha arraigado todavía, y cuya cultura no ha sido influenciada aún por el Evangelio” (nº 34). Pero, si nos fijamos bien, esta última situación (“cuya cultura no ha sido influenciada por el Evangelio”), es la que engancha la Nueva Evangelización en los modernos areópagos con lo más genuino de la misión *ad gentes*. Y que, al tiempo, amplía sus horizontes y sus contextos tradicionales, siendo hoy en día difícil, como se nos indica, definir los confines entre “atención pastoral de los fieles”, “nueva evangelización” y “actividad misionera específica”, sin duda “interdependientes”.

Pero cada cosa en su orden. Cuando monseñor Quique Figaredo (1959-), al frente de una de las misiones *ad gentes* más singulares y extremas, la de la presencia en Camboya de un centro de recuperación de niños y jóvenes mutilados por las minas-antipersona, donde está prohibido anunciar el Evangelio formalmente, contaba a unos jóvenes universitarios en Madrid su testimonio, uno de estos jóvenes le preguntó si podían ir en verano a “echar una mano” en esa misión. La respuesta del prelado jesuita fue inequívoca. Le contesto con una pregunta: “¿A cuantas personas aquí, en tu ciudad, das testimonio establemente de tu preocupación por sus problemas, a cuantos enfermos asiduamente visitas, cunado das testimonio explícito de tu fe en la universidad y en los ambientes donde te mueves? Se primero lo que estas llamado a ser en tu entorno, y luego ve al fin del mundo”. Es el vivo reflejo de lo que dice San Juan Pablo II en *Redemptoris missio*, que “las Iglesias de antigua cristiandad, por ejemplo, ante la dramática tarea de la Nueva Evangelización, comprenden mejor que no pueden ser misioneras respecto a los no cristianos de otros países o continentes, si antes no se preocupan seriamente de los no cristianos en su propia casa” (nº 34).

Forma parte también importante del contexto próximo de la propuesta de los modernos areópagos como lugares privilegiados y urgentes de la Nueva Evangelización la descripción que San Juan Pablo II hace de las dificultades la misión *ad gentes* (Cf. : nº 35), tanto externas como la persecución religiosa a los cristianos, y la prohibición de la acción misionera en no pocos países, u otras formas de conculcación de la libertad religiosa; como las internas, las que se dan en el mismo seno de la Iglesia, que son fundamentalmente las de la falta de fervor misionero, la desilusión, la acomodación, la crisis vocacional, los anti-testimonios, o la influencia del relativismo religioso en la falsa idea sincretista de que todas las religiones son o valen lo mismo. En el fondo, los frenos tanto a la evangelización de los lejanos de la fe a la vez geográfica y culturalmente, como a la evangelización de los cercanos geográficamente, pero de otro modo lejanos culturalmente, es la misma.

Al llegar por fin al número 37 de la encíclica, nos encontramos con un epígrafe que constituye el contexto inmediato de los modernos areópagos, a saber, los “ámbitos de la misión *ad gentes*”. Distingue la encíclica entre “ámbitos territoriales” y “mundos y fenómenos sociales nuevos”. Los primeros son aquellos, como ya hemos visto, donde “la actividad misionera *ad gentes*, al ser diferente de la atención pastoral a los fieles y de la nueva evangelización de los no practicantes, se ejerce en territorios y entre grupos humanos bien definidos” (nº 37a), que en general se dan en tantas zonas sin evangelizar en los continentes africano, americano, asiático y oceánico, por su puesto con situaciones en absoluto homogéneas, por lo que a los límites geográficos hay que añadir otros sociológicos y culturales. Los segundos, en cambio, serían los “mundos y fenómenos sociales nuevos” (Cf.: nº 37b). Son por un lado las “megápolis”, de las que ya hemos hablado, que asemejan la realidad de sus poblaciones aunque estén por igual en todos los continentes, o el “mundo de los jóvenes”, o aquellos marcados por el fenómeno migratorio, que globalizan y hacen presentes toda la diversidad de procedencias en toda la diversidad de destinos, o aquellos identificados con la pobreza extrema, que iguala a los que la sufren en los países del Tercer Mundo con las bolsas de pobreza del Primer Mundo, formadas por las nuevas pobreza provocadas por la marginación y la exclusión social. Sin duda, estos “fenómenos sociales nuevos” constituyen el contexto más próximo de los modernos areópagos: el mundo de la cultura mediática, del compromiso social, de la ciencia, de la economía y la política internacionales, y de la búsqueda de espiritualidad¹.

¹ Cf. JUAN PABLO II. Carta encíclica *Redemptoris missio*, documento citado, nº 37.38.